



LA MISERICORDIA Y EL PERDÓN EN LA FAMILIA

A continuación, también desde España, escucharemos la siguiente ponencia, que se titula "La misericordia y el perdón en la familia", que será impartida por José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián.

Un saludo a todos los participantes en las Novenas Jornadas de la Familia, organizadas por el Centro de Estudios de Familia y Sociedad de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, en México. Es un placer poder compartir con vosotros estas Jornadas de la Familia que, por cierto, seréis conscientes que la providencia ha querido que coincidan con el Año de la Familia convocado por el Papa Francisco, Año de la Familia que se ha convocado con motivo del quinto aniversario de la encíclica *Amoris laetitia*, y que comienza con el día de San José, con la solemnidad de San José del año 2021, y concluirá el 26 de junio del año 2022, Dios mediante, con la celebración de las Jornadas Mundiales de la Familia en Roma. Por lo tanto, un marco familiar perfecto: el del Año de la Familia y el año de San José. Porque, obviamente, este año de San José nos está descubriendo todo el don de la paternidad de la cual solemos hablar tan poco, hay una gran carencia de hablar del misterio de la paternidad en nuestros días.

Quien os habla es el obispo de San Sebastián, de una diócesis de España que está en el País Vasco, la diócesis en la que nació San Ignacio de Loyola. En nuestra tierra se habla un idioma ancestral que se llama el idioma vasco. Seguro que muchos de vosotros estáis familiarizados con la tradición vasca, entre otras cosas porque cuando el indio Juan Diego muestra su tilma ante el obispo lo está haciendo ante Fray Juan de Zumárraga, un obispo vasco que llegó allí también entre los primeros misioneros.

En nuestra tierra, como os decía, se habla en mi idioma vasco, en el cual hay un refrán, un dicho del cual quiero partir para esta reflexión. Él dice así: "Kalean uso, etxean otso", que traducido sería: "En la calle eres una paloma y en casa eres un lobo". ¿Cómo es posible eso? Existe el riesgo de que alguien viva como una falsedad, con una doble vida, en la que en la calle muestra una simpatía, una sociabilidad, ¡qué persona tan entrañable!, y resulta que en casa es un poema, en casa hace sufrir tremendamente, muestra lo peor de su carácter. Ese refrán "en la calle eres paloma y en tu casa, en tu familia, eres un lobo" lo que pone al descubierto es la importancia de que en nuestra vida haya una integridad, una única vida y no una doble vida. Y cuando existe una vida integrada, cuando existe una integración en todos los valores, sin duda alguna la columna vertebral de nuestra vida moral y espiritual está en la familia. Solamente así es cuando se vive la autenticidad en la vida pública.

No se puede hacer una disociación entre vida privada y vida pública, como a veces se ha pretendido, como si lo que aconteciese en la vida privada no fuese a tener consecuencias, y muy serias, para la vida pública. Recuerdo que no hace todavía

mucho tiempo fue nominada para ser jueza de la Corte Suprema de EE. UU. Amy Coney Barrett, esa mujer, esa madre de familia, que tenía una familia numerosa en la que, además de tener también un niño con síndrome de Down, tenía también otros dos hijos adoptados, no sé si de la República Dominicana o haitianos, no estoy seguro, pero veía esa fotografía, veía ese modelo de familia y decía: "Obviamente esta familia es todo un pronóstico de lo que cabe pensar de una persona en la vida pública". Con alguien que en su vida familiar ha hecho una opción de vida de entrega generosa, ¿cómo no vas a esperar, cómo no vas a pronosticar un buen pronóstico para la vida pública de quien lleva adelante un modelo familiar tan generoso?

Hay una sola vida, no hay dos vidas. Igual que se dice vida espiritual o acaso ¿la vida espiritual es otro apartado distinto de la vida económica o de la vida laboral? ¿Acaso la vida familiar se puede dissociar, en vida espiritual, vida familiar, el trabajo, el ocio? No porque no hay más que una sola vida. Una sola vida en la que los cristianos creemos que es el Espíritu el que la inspira, el que la integra, el que la hace coherente, el que la conforma, y creemos que en esa integración de todos esos aspectos de la vida, la familia, la vida familiar es columna vertebral en esa gran integración.

Así entiende uno aquella famosa frase de Santa Teresa de Calcuta, de la Madre Teresa de Calcuta, que también recuerdo haber enviado recientemente a redes sociales esta frase. Tengo la costumbre de enviar diariamente un mensaje a redes sociales. Igual que cuando fue aquella nominación de Amy Coney Barrett como jueza de la Corte Suprema recuerdo haber enviado un mensaje diciendo que "la vida privada de cualquier ciudadano es todo un pronóstico de lo que cabe esperar de su compromiso público" porque lo que pasa en tu familia es todo un pronóstico de lo que quepa esperar en tu vida social, todo un pronóstico. Y recuerdo también haber compartido una frase de esas contundentes, donde las haya, de Madre Teresa que dice: "Si quieres cambiar el mundo, vete a casa y ama a tu familia". Menuda expresión: si quieres cambiar el mundo, vete a casa y ama a tu familia, y así habrás hecho la mejor aportación para que el mundo cambie.

Entre otras cosas, porque creemos en el principio de subsidiariedad, creemos en ese principio. No creemos en un Estado paternalista, en un Estado que pretenda él ser el único garante, que se erija en una especie de garante del bien; sino que creemos en el principio de subsidiariedad. Creo que debemos de subrayar esto porque a nivel mundial, en este nuevo orden mundial que se esta, poco a poco, introduciendo estamos caminando hacia una estadolatría que se caracteriza por un intervencionismo superior, en el que incluso desde la concepción del Estado se pretende decidir sobre aspectos que están absolutamente fuera, al margen de él, como es redefinir una antropología o redefinir la familia. Acaso ¿el Estado es quién para poder definir la antropología? acaso ¿el Estado es quien para definir lo que es la familia o lo que es el matrimonio? Caminamos hacia una estadolatría y tenemos que tener sentido crítico frente a ello, porque esa tendencia, hacia la estadolatría, está anulando un principio básico del bien común, que es el principio de subsidiariedad. La sociedad, en la medida en que tenga capacidad de organizarse, de desarrollar sus iniciativas sociales, de desarrollar todos los talentos que cada uno de nosotros hemos tenido, debe de hacerlo, y el Estado no debe de anular todas esas iniciativas sociales que nacen de la riqueza del don de la persona, nacen de la riqueza de los carismas que todos hemos recibido y nacen del don de la familia, que la familia está llena de capacidades y de iniciativas sociales.

Además, no olvidemos una cosa: la familia es la puerta natural de la socialización. Con lo cual, me atrevería a decir que, la conexión entre *Familiaris consortio*, *Amoris laetitia* y otras encíclicas como *Fratelli tutti* o *Laudato si'* es una conexión lógica, inmediata y natural. Uno puede pensar, porque por desgracia a veces hemos dado unas imágenes realistas, antagónicas, maniqueas, como si hubiese dos sensibilidades: la sensibilidad de aquellos que son pro familia y pro vida, y la sensibilidad de aquellos que son pro justicia y doctrina social, que hable de los derechos de los pueblos o de los derechos de los pobres. Y hemos hecho como dos universos mundos: el mundo de la familia, de la vida y de la defensa de la vida concebida, y el mundo de la reivindicación de los derechos sociales de los últimos, de los pobres. Y esto ha sido una trampa en la que no deberíamos haber caído nunca. Existe, como decía, una conexión inmediata entre *Familiaris consortio*, *Amoris laetitia* y *Fratelli tutti*, *Laudato si'* y todas las encíclicas que subrayan la doctrina social en la reivindicación de los derechos de los últimos y de los más pobres. Entonces es falsa esa dicotomía, tenemos que rechazarla.

Pues bien, desde estas premisas con las que me presento ante vosotros, como me habéis pedido una reflexión que tiene como título "La misericordia y el perdón en la familia", yo quisiera subrayar, hasta qué punto, lo que acontece en la familia va a ser lo decisivo para después poder construir esa fraternidad universal a la que el Papa nos llama, ese *Fratelli tutti*. Es decir, si no somos educados en el seno de la familia a vivir la misericordia y el perdón, es imposible construir esos valores sociales.

Las obras de misericordia que aprendimos en nuestro catecismo desde pequeños son obras de misericordia que, a veces, hemos solido, con mucha frecuencia, referirlas como nuestra acción "ad extra", fuera de la familia como son las obras de misericordia con los pobres donde una familia ejerce las obras de misericordia para con los demás. Y obviamente eso es cierto, pero no es la verdad plena. Las obras de misericordia nacen en el seno de la familia. Cuando en una familia católica se visualiza, ante unos hijos, una obra de misericordia como la de sentar en nuestra mesa el día de Navidad a un pobre, cuando acontece eso en el seno de la familia, tal hecho no podría haber acontecido como un hecho aislado del resto de la educación porque todas las obras de misericordia, una por una, van matizando la familia: en la familia aprendemos a perdonarnos, aprendemos a corregirnos, aprendemos a tener paciencia unos con otros, a amarnos incondicionalmente. Para poder hacer "ad extra" las obras de misericordia, tienen que ser ejercidas "ad intra", en el seno de la familia.

Ya que me estoy dirigiendo especialmente a tantos católicos de esa entrañable nación mexicana, os digo que recuerdo con un cariño tremendo la película producida por Eduardo Verástegui, en el año 2015, "Little Boy". Me pareció una película maravillosa que, por cierto, la providencia quiso que coincidiese con el Año de la Misericordia convocado por el Papa Francisco en el año 2015. Y en esa película de "Little Boy" se planteaba el gran reto de las obras de misericordia. No sé si recordáis la lista ancestral que el padre Oliver le presentaba a Pepper, a ese "Little Boy", y le decía: "Mira, tu fe no funcionará mientras quede un resto de odio en tu corazón". Si tú quieres que tu fe funcione, si tú quieres que sea verdad eso del Evangelio de que la fe mueve montañas, si quieres que eso sea verdad, hay una condición y es que en tu corazón no puede haber resto de odio. Entonces, aquí tienes este listado de obras de misericordia, y le dio un papel con las obras de misericordia corporales, "y tienes que ir las cumpliendo una por una: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, redimir al cautivo, enterrar a los muertos". Y

aquel el niño descubre que para que su fe funcione es básico, es indispensable que las obras de misericordia estén purificando todo rencor dentro de él, tal es así, que el padre Oliver le dice a Pepper: "Te voy a añadir una cosa, que comiences por amar a tu vecino japonés", y el niño le dice: "¿Pero qué tiene que ver el japo en todo esto?", pues sí tiene que ver mucho.

Fijaros, las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, a veces las hemos visto como desconexas. A mí, a veces, me gusta recurrir a una imagen para entender, porque una imagen vale por mil palabras y me atrevería a comparar las virtudes teologales a los tres vértices de un triángulo. Si, es verdad que un triángulo tiene tres vértices: fe, esperanza y caridad, pero es un mismo triángulo, tiene muchísimas cosas en común el triángulo. Si, tiene tres vértices que tienen su identidad propia, pero la mayoría del cuerpo es común, y así pasa con la fe, la esperanza y la caridad. La mayor parte del contenido de la fe y la esperanza son comunes. ¿Se puede tener fe sin amar?, ¿se puede tener esperanza sin fe? pues si, le dice ese padre Oliver a Pepper: "si quieres que tu fe funcione, hace falta que no quede ni un resto de odio en tu corazón, venga vete y practica las obras de misericordia".

Creo que este es el gran descubrimiento. En este Año de la Familia, vamos a vivir las obras de misericordia en el seno de la familia. Entender que la familia es aquel lugar en el que se vive intensamente las obras de misericordia, en el que se aprende a vivirlas para luego poder proyectarlas hacia afuera, porque, como os decía al principio, la vida familiar es todo un pronóstico, es toda una profecía de lo que luego va a ser nuestra vida pública, de lo que va a ser la vida social.

Como en "Little Boy" se abordó especialmente las obras de misericordia corporales, me voy a centrar yo en **las obras de misericordia espirituales**, intentando subrayar cómo son vividas en el seno de la familia: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por vivos y difuntos. Ahí hay todo un programa de vida familiar.

"Enseñar al que no sabe", porque fijaros, frente a quienes tienen esa falsa concepción de que la educación, la enseñanza, podríamos decir, queda delegada en la escuela y por lo tanto la familia estaría llamada más a una educación de valores morales, espirituales, ya que la enseñanza propiamente sería más una cuestión técnica y estaría delegada en la escuela. Quienes tienen esa falsa concepción tienen que aprender que la familia es un lugar en el que, en primer lugar, aprendemos a enamorarnos de la verdad, a creer en la verdad y a tener deseo de buscarla, de encontrarla, y una vez encontrada, tener la coherencia de adecuar nuestra vida conforme a esa verdad.

La primera gran aportación que hace la familia en el ejercicio de misericordia con sus hijos es educarnos en el amor a la verdad, en la creencia de la verdad, frente a ese relativismo tan extendido en nuestra cultura que, cuando, ese relativismo, llega a conformar nuestros valores, hace imposible la enseñanza, la educación. Educar sin creer en la verdad y educar desde el relativismo, alguien dijo, por ejemplo, que es como pretender enseñar a nadar sin agua: cómo vas a nadar si no hay agua en la piscina, cómo vas a educar si no hay verdad.

En el seno de nuestra familia nos tenemos que mostrar, nos tenemos que convencer mutuamente de que creemos en una verdad objetiva, en una verdad que está por encima de nosotros y que nosotros no somos los que damos a luz la verdad. La verdad existe y más bien nuestra vida consiste en conformarse a ella.

Toda ocasión, toda oportunidad que tengamos en nuestra familia de acoger una verdad que a veces nos está exigiendo un reconocimiento de nuestros errores, obviamente. Reconocer la verdad es también reconocer que nos hemos equivocado muchísimas veces, será un ejercicio de misericordia dentro del seno de la familia. Recuerdo haberle dicho, en alguna ocasión, a un padre de familia que se disponía a hacer una petición de perdón o de reconocimiento de sus errores ante el conjunto de la familia, que pocas veces habría realizado a lo largo de toda su vida un ejercicio de educación, de verdadera paternidad, tan grande como el que se disponía a realizar en ese momento: "Mirad, papá os quiere decir una cosa", "y tal cosa y tal otra y tal otra, y yo me equivoqué y la hice mal, y quiero decirlo explícitamente". Cuando un padre, una madre, un hijo, un hermano, una hermana hacen un reconocimiento de que hay una verdad que está por encima de nosotros, de la que no somos dueños, y que estamos llamados a reconocerla, a aceptarla, a no tener miedo de la verdad, a saber que la verdad nos hará libres, estamos ejerciendo la primera de las obras de misericordia, que es enseñar al que no sabe, que es aprender a creer en la verdad.

Dice también al mismo tiempo: **"Dar buen consejo al que lo necesita"**. Supone obviamente que dentro de la familia existe un verdadero interés de los unos por los otros. Somos conscientes de cómo en nuestra sociedad, en muchos ámbitos, la indiferencia es la que caracteriza las relaciones sociales, ese "allá tú" que muchas veces escuchamos. Es curioso que nuestra sociedad, a veces, pivota entre dos extremos: la indiferencia y la crítica feroz. ¿Cómo es posible eso? ¿Indiferencia o crítica feroz? Porque las dos tienen algo en común: ese "no me importa lo que hagas tú con tu vida", "allá tú con tu vida", o esa crítica feroz, ese no ser capaz de perdonar ni nada y lanzarse con verdadera ferocidad contra los defectos de los demás, tienen algo en común, y lo que tienen en común es el "no amor".

Por eso, frente a esas dos tendencias de la indiferencia de "que no me importa tu vida" o esa crítica feroz, las obras de misericordia espirituales dicen dar buen consejo al que lo necesita, al mismo tiempo que perdonamos las injurias. Si, perdonamos las injurias, aprendemos a perdonarlas, a no llevar cuenta del mal. Llevar cuenta del mal condiciona completamente la vida. Cuando alguien dice: "anoto esto en mi agenda, voy anotando", cuando alguien va anotando en el seno de la familia el mal de los demás, cuando lleva cuenta del mal, se está completamente condicionando para poder construir una familia que tenga verdadera esperanza. El que lleva cuentas del mal no tiene esperanza, cree verdaderamente que lo que ha acontecido ha sido determinante y que impide un futuro nuevo. Al Señor le decimos muchas veces: "No lleves cuenta del mal, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia", decimos en la Sagrada Liturgia. Entonces, aprendiendo del corazón de Dios, que no lleva cuentas del mal, estamos llamados también, en el seno de la familia a darnos la oportunidad de volver a nacer de nuevo, y tal cosa la aprendemos en el seno de la familia.

Voy a añadir algunas obras de misericordia más, dos en concreto que son maravillosas a la vez que paradójicas, porque dice: **"Corregir al que yerra y sufrir con paciencia los defectos del prójimo"**. ¿Y cómo se hacen esas dos cosas? Porque eso de corregir

al que yerra parece lo contrario de sufrir con paciencia los defectos del prójimo. ¿Qué pasa, una cosa u otra? Alguien dijo que no se puede sorber y soplar al mismo tiempo, porque o sorbes o soplas. ¿Qué hay que hacer, corregir al que yerra o sufrir con paciencia los defectos del prójimo? Pues ambas cosas están inspiradas por el mismo Espíritu Santo y no es verdad que sean incompatibles, sino que tenemos el don del discernimiento, de aprender en el seno de la familia cuándo, dónde, de qué manera, cuál es la circunstancia, cuál es el modo en el que yo tengo que decir a una persona una palabra de corrección. Pero él haya entendido que, al mismo tiempo que le he corregido, he tenido una gran paciencia con ella, he sufrido con paciencia sus defectos. Entendiendo que la corrección no nace ya de una sensibilidad que está colmada, de que la paciencia ha sido colmada, que ya no aguanta más y que tiene un estallido en el que eso más que una corrección, en el fondo, es un desahogo. Porque cuando alguien aparentemente está corrigiendo, pero en el fondo se está desahogando porque está ya teniendo un hartazgo de no ser capaz ya de soportar los defectos del prójimo, obviamente la corrección es una apariencias, porque eso de corrección tiene muy poco.

En la familia es donde aprendemos a conjugar dos cosas que aparentemente son contradictorias y no lo son: sufrir con paciencia los defectos del prójimo y, al mismo tiempo, corregir al que yerra. En realidad, solamente cuando las personas se saben amadas incondicionalmente, solamente entonces son capaces de recibir correcciones. Esto es curioso, y esto no únicamente pasa en la vida de la familia, también pasa fuera de la familia, pero ¿por qué, en la familia recibimos correcciones que en la calle nos costarían mucho más, en la convivencia social nos costaría mucho más tener la humildad de asumirlas? porque en el seno de la familia es indudable que esa corrección ha nacido de un amor incondicional: me aman y, precisamente porque me aman, me corrigen de esa manera.

Yo tengo un recuerdo de infancia, que permitidme que cuente esta anécdota con vosotros, que a mí me hizo pensar mucho al respecto, y es que recuerdo que nuestros padres con nosotros eran muy cariñosos pero muy exigentes también en determinados niveles como, por ejemplo, no nos permitían que en la alimentación, que en la comida, cada uno de nosotros comiésemos lo que nos apetecía; uno tenía que aprender a comer de todo y no según su capricho. Eso era un precepto, algo que en la familia se nos inculcó desde pequeños. Recuerdo incluso a nuestro difunto padre, cuando teníamos un plato combinado, decir: "Cuidado con eso de comerte primero las cosas que te gustan y dejar para lo último lo que no te gusta. No hagas eso, come de todo a la vez, o primero lo que no te gusta". El caso es que, en una ocasión vinieron unos primos que vivían lejos de nuestra ciudad, vinieron a pasar unos días y, para nuestra sorpresa, para la sorpresa de los hermanos, veíamos que nuestros primos, cuando no querían comer o no les gustaba determinado plato, nuestra madre les cambiaba y disponía otra cosa para comer. Nosotros estábamos perplejos de que les consintiese hacer tal cosa, y cuando se marchó la visita y nos quedamos nosotros solos, recuerdo haber acudido ante nuestros , como si fuésemos allí una comisión sindical, pidiendo explicaciones de cómo se entendía eso que habíamos visto en casa, cómo a nosotros nos pedían eso y a los primos les habían permitido tal cosa. Y recuerdo la respuesta práctica y contundente de nuestra madre, que ella nos dijo: "Oye, mira, yo a ellos no les quiero tanto como para pasar un mal momento el día de su visita con ellos; a vosotros sí os quiero tanto y, por lo tanto, os corrijo a ese nivel. A ellos tiene que ser su madre la que les haga esa corrección". Porque para poder corregir hasta pequeños detalles hace falta que el amor sea muy grande y, además indiscutible, y obviamente, cerramos nuestra boca y seguimos en nuestro día a día.

Pero es cierto, solamente la familia es el lugar en el que se ejercen las obras de misericordia de manera integrada: corregir al que yerra y sufrir con paciencia los defectos del prójimo. Solo la paciencia con los defectos, y al mismo tiempo que se tiene perseverancia y confianza en la corrección, es la que permite verlos finalmente superados.

Dice también entre las obras de misericordia, también formula la siguiente: **"Consolar al triste"**. Porque la familia es un proyecto común y mi felicidad no puede ser independiente de lo que está aconteciendo en mi hermanos, en mis padres, en mi esposa, en mi esposo. La consolación al triste, en el seno de la familia, tiene una razón de ser y es que somos todos uno, y tus sufrimientos son mis sufrimientos, tus alegrías son mis alegrías. Aprendemos a compartir los triunfos de la vida, los regalos de Dios, y también aprendemos a abrazar las mismas cruces y de esa manera sobrellevarlas todos unidos. ¿Quién llora sin que yo no llore con él?, ¿y quién ríe sin que yo ría con él?

Eso se hace verdad en el seno de la familia y eso se traduce en esa capacidad de consolación mutua, en esa capacidad de sacarnos a nosotros, a veces, de situaciones de tentación en la que podemos vernos imbuídos. La vida es corta, es muy corta yo creo, que los que ya hemos vivido la principal parte de nuestra vida ya la hemos pasado, y somos conscientes de que ya nos queda menos por vivir, mucho menos de lo que hemos vivido hasta ahora. Así que somos conscientes de que la vida es muy corta, pero aunque sea corta es lo suficientemente larga para que en ella haya altibajos y haya momentos de crisis. Y en esos altibajos, y en esos momentos de crisis, es importantísimo que se ejerza el ministerio de la consolación, de no permitir que nuestros hermanos, que nuestros seres queridos, dejen en ese momento, en el momento de la desolación, en el momento de la tentación bajo ese rostro de desolación, que no permitamos que la desesperación se adueñe de sus corazones; y que transmitamos nuestro amor a la vida, nuestra visión esperanzada, sabiendo que por encima de los momentos de las nubes está el sol, y que transmitamos alegría. Pocas obras de misericordia hay más importantes que las de transmitir esperanza. Transmitir esperanza y transmitir alegría es ser imagen del Dios vivo ante nuestros hermanos.

Repaso las obras de misericordia: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo... me falta una, pero quizás de las que he mentado no he subrayado suficientemente la obra de misericordia de **el perdón**. Cuando a alguien se le descubre, bien sea en el seno de matrimonio o, obviamente más frecuentemente a los niños, que se les descubre en una mentira que requiere ser perdonada, ese es uno de los momentos claves en la configuración de nuestra vida: que seamos conscientes, cuando uno es consciente de que necesité ser perdonado, quedé patente mi mentira, quedé patente mi falsedad, quedé patente mi egoísmo, y recibí un perdón pleno y misericordioso, eso es un momento que reconfigura mi vida.

Os cuento otra anécdota que me ha pasado esta semana anterior. Recibí un correo electrónico de una persona con la que yo no había tenido relación durante décadas, y él me contó una anécdota de la que yo estaba absolutamente olvidado. Y es que, siendo yo un sacerdote joven, por lo visto, fui testigo de cómo en el seno de esa familia, alguien había descubierto que este adolescente, entonces, había falsificado las notas del colegio ante su padre. Y claro, aquello había sido un drama familiar, descubrir que aquel niño, aquel adolescente, había llegado a hacer tal iniciativa de mentir de una

manera tan explícita, había sido un drama. Y por lo visto, me habían llamado para hablar con él, y yo, que no lo recordaba, le escribí una carta a aquel adolescente diciéndole las condiciones principales que me parecía a mí, como sacerdote, que debía de recordar o que debía de aprender de lo que había ocurrido: de cómo era perdonado en la familia, de cómo volvía a nacer de nuevo la relación de tener confianza después de un perdón incondicional. El caso es que él había guardado esa carta durante todos estos años, algo así como 25 o 27 años tenía guardada esa carta, y ahora me escribía porque él quería hacer una publicación de su vida, etc, y me pedía permiso para publicarla. A mí lo que me impresionó es que esa carta la tuviese guardada 27 años y que después de aquel acontecimiento, él entendiese que aquel momento había sido un principio fundante en su vida, el que había recibido un perdón absolutamente gratuito y generoso porque él había mentido a sus padres de una manera grave. Por ello, el perdón en el seno de la familia es una máxima expresión de la gran esperanza, de la gran misericordia de Dios con todos nosotros, que nos permite, como le dice Jesús a Nicodemo, volver a nacer de nuevo.

Y me queda una obra de misericordia: **"Rogar a Dios por vivos y difuntos"**. En la familia se reza unos por otros y además se reza también por los difuntos. Se nos enseña a rezar por los que nos precedieron, se nos enseña a que somos lo que somos gracias a quienes nos han precedido; si somos algo en esta vida es porque hemos podido subirnos a los hombros de los que nos han precedido. La oración por los difuntos, el que guardemos memoria de los aniversarios ("en este día falleció el abuelo", "en este día falleció..."), es maravilloso que en seno de la familia se guarde memoria de los grandes acontecimientos, aniversario, de las bodas, y se ore unos por otros y vamos a rezar. Cuando tenemos en el seno de la familia a alguien con especiales dificultades siempre se le dice: "Protege a tu hermano, al más débil, céntrate y centrémonos todos en el más débil de la familia, protejámosle especialmente, configuremos nuestros planes siempre en atención a aquel que está en una situación más débil". Orar a Dios por vivos y difuntos es la gran solidaridad familiar.

Os deseo a todos que, en este Año de la Familia, en este año de San José, aprendamos a vivir el misterio de la misericordia y el misterio del perdón en el seno de la familia. Solamente así conseguiremos mostrarnos ante el mundo como testigos de misericordia y del perdón de Dios, tal y como Jesús nos ha enseñado.